

pacientarse ni lamentarse al perderlos, lo cual, ciertamente, es muy difícil de practicar.

2. Romper con lo mundano

198. No hay que adoptar las modas de los mundanos en los vestidos o en los muebles, en las casas, en las comidas y en los demás usos y actividades de la vida (Rm 12, 2). Poner esto en práctica es más necesario de lo que se cree.

3. Romper con las falsas máximas del mundo

199. No deben creerse ni seguirse las falsas máximas del mundo; no se ha de pensar, hablar y obrar como los mundanos. Tienen una doctrina más opuesta a la Sabiduría encarnada que las tinieblas a la luz, que la muerte a la vida. Examinad detenidamente su modo de pensar y sus dichos: piensan y hablan mal de las más sublimes verdades. Cierto es que no mienten abiertamente, pero disfrazan sus mentiras con apariencias de verdad; creen no mentir, pero, sin embargo, mienten. Por lo general no aconsejan abiertamente el pecado; pero le conceptúan como acto de virtud, o de honestidad, o como cosa indiferente y sin consecuencias importantes.

En esta sutileza que el mundo ha copiado del demonio para disimular la fealdad del pecado y de la mentira consiste la malicia de que habla San Juan: «El mundo todo está penetrado del mal espíritu» (1 Jn 5, 19), y ahora más que nunca.

4. Vivir en contacto con la Sabiduría

200. En cuanto es posible, hay que evitar la compañía de los hombres, no sólo la de los mundanos, tan pernicioso o peligroso, sino también la de las mismas personas devotas, siempre y cuando resulte inútil o sea causa de pérdida de tiempo. Quien desea ser sabio y perfecto debe poner en práctica estas tres palabras de oro que la Sabiduría eterna dijo a San Arsenio: «Huye, ocúltate, calla».

Huye cuanto te sea posible de la compañía de los hombres, como hacían los mayores santos (De Imitatione Christi, 1, 1, c. 20). «Que vuestra vida esté escondida con Cristo en Dios» (Col 3, 3). En fin, guardad silencio con los hombres, para tratar y hablar con la Sabiduría. «Hay quien callando es conocido por sabio» (Si 20, 5).

5. Poner en juego una ascesis cuidadosa

201. Para llegar a poseer la Sabiduría es preciso mortificar el cuerpo, no sólo soportando pacientemente las enfermedades corporales, las inclemencias del tiempo y las molestias que nos causan en vida las criaturas, sino procurándose algunas penalidades y mortificaciones, como ayunos, vigiliias y austeridades propias de santos penitentes.

Se necesita valor para ello, porque la carne, por natural inclinación, se idolatra a sí misma, y el mundo considera y desprecia como inútiles todas las mortificaciones corporales. En todo cuanto dice y en todo cuanto hace se propone apartar a los hombres de la práctica de las austeridades de los santos, de cada uno de los cuales se ha di-

cho en mayor o menor proporción: «El sabio o el santo redujo su cuerpo a servidumbre con vigiliias, con ayunos, con disciplinas, por el frío, la desnudez y toda suerte de austeridades; y tenía hecho pacto consigo mismo de no darse reposo en este mundo»

(Lugar común o muy frecuente en las vidas de los santos).

El Espíritu Santo dice de todos los santos que eran «enemigos de la ropa contaminada de su carne» (Judas 23).

6. Unir mortificación interna y externa

202. Para que esta mortificación exterior y voluntaria sea buena es menester unirla con la mortificación del juicio y de la voluntad por medio de la santa obediencia, porque si falta ésta, toda mortificación queda mancillada por la propia voluntad, siendo con frecuencia más grata al demonio que a Dios. Por lo cual no debe hacerse mortificación alguna extraordinaria sin antes pedir consejo: «Yo, la Sabiduría, habito en los buenos consejos» (Pr 8, 12). «El que confía en su propio consejo es un necio» (Pr 28, 26). «El hombre cuerdo, todo lo hace con consejo» (Pr 13, 16). «Tú, hijo, no hagas cosa alguna sin consejo, y no tendrás que arrepentirte después de hecha» (Si 32, 24). Tal es el consejo que nos da el Espíritu Santo (Tb 4, 18).

Por medio de esta obediencia alejamos de nosotros el amor propio, que todo lo malogra; la cosa más ínfima se convierte en meritoria; queda el alma a salvo de las ilusiones del demonio; alcanzará la victoria sobre todos sus enemigos y llegará de modo seguro, como en sueños, al puerto de salvación.

Cuanto acabo de decir se halla encerrado en este gran consejo: Déjalo todo, y lo hallarás todo hallando a Jesucristo, la Sabiduría encarnada

(De imitatione Chisti, 1, 2, c. 32).

CAPITULO XVII

Medios para adquirir la Divina Sabiduría (fin)

CUARTO MEDIO: UNA TIERNA Y VERDADERA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

I. Necesidad de María

203. He aquí, finalmente, el gran medio y el secreto más maravilloso para adquirir y conservar la divina Sabiduría: una tierna y verdadera devoción a la Santísima Virgen.

1. Te es necesaria una verdadera devoción a María

Únicamente de María se puede decir que encontró gracia delante de Dios no sólo para sí, sino para todo el género humano, y que tuvo el poder de encarnar y de dar a luz al mundo a la Sabiduría eterna; más aún: no existe más que ella que, por obra del Espíritu Santo, pueda encarnarla, por decirlo así, en los predestinados.

Los patriarcas, los profetas y los santos del Antiguo Testamento gimieron, suspiraron y pidieron la encarnación de la Sabiduría eterna, pero nadie pudo merecerla. No se halló más que María, que por sublimidad de su vir-